

Los cuentos salvan

FRANK BÁEZ



HABITAR LA INCERTIDUMBRE



Los cuentos salvan

FRANK BÁEZ



Las certezas de la incertidumbre

PRÓLOGO

RICARDO JARAMILLO MEJÍA

Presidente Grupo SURA



Habitar es una palabra que nos pide estar presentes. Es algo cotidiano y trascendental a la vez. Es un acto de conciencia. Habitamos con acciones, pensamientos y decisiones. En SURA hemos propuesto, desde 2021, la colección editorial *Habitar* como una invitación a encontrarnos en la conversación. Una conversación plural y atemporal que brinda elementos sensibles para construir mejores sociedades, para crecer como seres humanos.

Los volúmenes publicados anteriormente [*Habitar la complejidad*, *Habitar las contradicciones*, *Habitar la virtud* y *Habitar la democracia*] pueden leerse como capítulos de un mismo relato interpretado por voces relevantes de distintos tiempos de la historia del pensamiento que tienen algo por decirnos en la actualidad para vivir mejor como personas, sociedad y humanidad.

El arte, en este caso la literatura, nos reafirma el valor del diálogo entre generaciones. Lo hacemos en *Habitar* de forma deliberada con piezas que encuentran como punto común que los temas alrededor de los que giran las reflexiones más hondas del espíritu humano son las mismas, sin importar la geografía o la temporalidad.

Hoy la incertidumbre es protagonista —¿cuándo no lo ha sido?—, y no la miramos con temor sino como quien contempla un desafío porque es un motor. Estuvo presente en el origen de SURA, ochenta años atrás, cuando fundar una empresa de seguros en medio del panorama mundial de 1944 era una demostración de esperanza en el futuro, en ese tiempo que aún no se había escrito y que estaba pleno de dudas. Nosotros conservamos esa potencia. Y lo hacemos porque somos conscientes del pasado que nos define y da luz a nuestro horizonte.

Precisamente escuchar con atención al pasado nos permite aprender hoy. Porque hay enseñanzas que no son exclusivas de un momento histórico. Estos libros que tiene ahora en sus manos son evidencia de esto. Cuentos escritos en el siglo XIX por Antón Chéjov, Mary Shelley, Hans Christian Andersen, entre otros autores, nos despiertan una experiencia común, casi de infancia: muchos crecimos escuchando y leyendo cuentos, clásicos muchos de ellos. Así lo es *El traje nuevo del emperador* — presente aquí —, que se lee distinto conforme pasa el tiempo, porque lo comprendemos con ojos nuevos cuando nos habla en presente, porque Andersen escribió con profundidad una realidad que va más allá de su idioma, de sus fronteras, del calendario que habitó. Radica allí su maestría.

Los cuentos, como una forma de narrar la vida, son parte de esta colección como un reflejo de la existencia misma. Aquí son confrontados, precisamente, por un poeta que conoce bien el propósito de la representación como forma de comprensión del mundo. Frank Báez, dominicano, referente de la literatura latinoamericana actual nos ofrece una lectura interesante y particular en su ensayo *Los cuentos salvan*. Allí dice, al referirse a los ocho relatos aquí reunidos: «A pesar de que han pasado más de cien años de que fueron publicados, la atemporalidad de sus propuestas, los arquetipos que manejan y los caracteres que describen, los tornan familiares y cercanos». Y son cercanos, como la vida misma.

Un dato no menor de esta selección radica en la paridad de géneros entre autores aquí presentes, cuando consideramos que para su época algunas mujeres no pudieron leerse como hoy puede hacerse. Muchas veces sus obras esperaron décadas

antes de poder ser leídas por el público. La historia reconoce hoy que obras atribuidas a autor anónimo escondían en su tiempo el nombre de una mujer pero no su voz. Sin embargo, muchas cosas han cambiado, esta es una de ellas, y aquí también hay un motivo para la esperanza.

Como les decía, la incertidumbre hace parte de la naturaleza humana. ¿De qué están hechas las promesas, por ejemplo, sino de confianza en lo invisible? Las ciencias económicas y financieras construyen modelos y proyecciones bajo la premisa de algo que podríamos llamar optimismo estructural y son concebidas para que el futuro sea mejor.

En ese sentido, vuelvo a Báez: «sin embargo, también es cierto que a través de la lectura de cuentos aprendemos a entender el mundo. Cada gran cuento que leemos — si lo leemos con la dedicación que amerita — termina transformándonos. Tan solo basta pensar que si tal historia le cambió la vida al protagonista, por qué no se las cambiará a los lectores».

Si bien vivimos en tiempos inciertos, está claro, por eso mismo son tiempos para construir la esperanza. Y en ello, tener una visión de largo plazo nos permite construir más allá de lo que pase en el presente, nos da otra perspectiva y grados de libertad, como decimos los ingenieros, para gestionar, desde hoy, el mañana.

Como sucede con la música cuando se asiste a un concierto y se descubren nuevas texturas en la interpretación de una misma partitura: dos orquestas tocan distinto una misma sinfonía. Algo similar ocurre con estos cuentos y la reflexión de Frank Báez. En sus interpretaciones hay un sentido de

realidad que nos convoca. El futuro está por escribirse, como siempre, y será mejor si lo hacemos juntos.

Por eso viene bien hacernos cargo de lo que nos corresponde. No es ajena la tarea propia, cumplir con la responsabilidad particular suma para el logro del objetivo colectivo. No hay que esperar a que los demás hagan algo, lo suyo, para sentir que ahora es nuestro momento de aportar a certezas en plural. Esto nos ayuda a avanzar en propósitos comunes y despeja la mirada de las incertidumbres que paralizan.

Estos libros son una invitación a la acción desde nuestras propias capacidades. Vivir mejor no es una meta improbable o lejana; vivir mejor involucra el presente, día a día, cuando nos comprometemos con ello.

Leer es parte del compromiso. Leemos por el gusto de hacerlo, para aprender algo que desconocíamos, para mirar el mundo con otros ojos, para sorprendernos con nuevas ideas, para darle sentido a lo que parece no tenerlo. Leemos para sentirnos acompañados en el silencio, porque es una forma de ponerle pausa al mundo y también de echarlo a andar. Leemos para comprender y comprendernos, porque el mundo de hoy necesita comprensión para *Habitar la incertidumbre*.

Por eso es importante leerles cuentos a los niños, lo sabemos, como lo es leer cuentos siendo adultos, lo hemos notado. Hay sabiduría y asombro esperándonos en cada página de estos libros.



Los cuentos salvan

FRANK BÁEZ



LOS CUENTOS SALVAN

FRANK BÁEZ

Había una vez un sultán que descubrió que su mujer le había sido infiel y la mandó a decapitar. Sin embargo, eso no bastó para saciar su sed de venganza y ordenó a su visir que cada noche le llevara a sus aposentos una doncella que sería decapitada a la mañana siguiente. Una noche le tocó el turno a Sherezade, que estaba a punto de convertirse en la víctima número tres mil, pero ella había urdido un plan para salvarse. Le suplicó al sultán como último deseo que le dejase narrar un cuento. Alargó el cuento hasta el amanecer y de pronto lo interrumpió, aduciendo que estaba cansada, pero que muy bien podía continuar a la noche siguiente. Cautivado y ansioso por escuchar el final, el sultán aceptó. Este plan lo repitió Sherezade las noches siguientes, que resultaron ser mil.

Siempre menciono el arranque de *Las mil y una noches* cuando me preguntan si realmente los cuentos salvan. Si eso no convence, entonces traigo a colación películas y series de televisión en que el villano, apuntando con la pistola a su perseguido, se detiene de pronto a escuchar una historia. En vez de ultimar de un balazo a ese sujeto que le ha hecho la vida imposible y que lleva semanas y meses persiguiendo, escucha fascinado el cuento, lo que por supuesto, le da tiempo y oportunidad al perseguido para dar un salto inesperado, huir y ponerse a salvo.

Pero los cuentos no solo salvan vidas, también moldean nuestra existencia, nos dan pautas y moralejas para vivir, expanden nuestros horizontes. Los antropólogos suelen repetir que somos la única especie con la capacidad de utilizar el lenguaje tanto para describir lo que percibimos –cosas que podemos ver, saborear y tocar– como para inventar historias provenientes de nuestra imaginación. No hay nada que tenga más poder de persuasión que un cuento. Cuando los políticos

se suben a un podio y empiezan a mentar porcentajes, cifras y hechos, la gente empieza a bostezar y a desanimarse, pero inmediatamente emprenden a contarnos una historia revive el interés y el entusiasmo. Otro ejemplo. Vayan a un preescolar, y se darán cuenta de que lo único que tranquiliza a los niños hiperactivos es que la profesora se siente a leerles un cuento.

Adoro leer cuentos. No hay una sensación más placentera que cuando uno está sumido en ellos y se deja llevar por los entresijos, por la marea verbal y los giros laberínticos. Me gustan las sensaciones físicas que me provocan: sorpresa, respiración agitada y latidos desenfundados, nervios, ansiedad, devorarme las uñas, excitación, lágrimas y carcajadas. A diferencia de la novela, el cuento se centra en un hecho, en un acontecimiento importante, que le cambió por siempre la vida al personaje principal. El escritor dominicano Juan Bosch hacía la distinción entre los dos géneros de este modo: «la novela es extensa; el cuento es intenso».

A veces nos resulta difícil pensar en la literatura en términos utilitarios e insistimos que leemos por hedonismo, por entretenimiento, por curiosidad. Odiamos pensar que la lectura es algo más que puro deleite. En ese sentido, comparamos la lectura de un buen cuento con otras actividades hedónicas, tales como hacer el amor, saborear un manjar o ir al museo. Sin embargo, también es cierto que a través de la lectura de cuentos aprendemos a entender el mundo. Cada gran cuento que leemos —si lo leemos con la dedicación que amerita— termina transformándonos. Tan solo basta pensar que si tal historia le cambió la vida al protagonista, por qué no se las cambiará a los lectores. Quien empieza a leer un cuento de la estadounidense Lorrie Moore —o de otro maestro del género— no es la misma

persona al terminarlo. Hay una transformación, una forma de ver el mundo que se ha alterado, roto y deformado. No importa nuestra edad, seguimos aprendiendo de las lecturas de relatos del mismo modo que lo hacíamos en nuestra niñez con los cuentos de hadas. A medida que nos hacemos mejores lectores empezamos a identificar situaciones y compararlas con nuestra vida: los errores, los enredos, las mentiras y las estafas en que se ven involucrados los personajes terminan enseñándonos a cómo proceder en una situación similar. También hay una apertura de mente y una expansión de horizontes, que tiene mucho que ver con la naturaleza del género, es decir, con sus desenlaces sorprendidos, originales e inesperados. Pero, sobre todo, logramos salir de nosotros mismos para meternos brevemente en la cabeza de otra persona, procedimiento que seguramente potenciará la empatía, la tolerancia y la benevolencia. Más o menos eso es lo que ocurre al final de *Las mil y una noches*, que el sultán es educado por los cuentos que noche tras noche Sherezade le va contando. Al final, tanto ella como las demás doncellas del harén son perdonadas y Sherezade termina casándose con el reformado sultán y teniendo hijos, y todos felices y comiendo perdices.

Sin embargo, tampoco nos hagamos muchas ilusiones al respecto, que ya sabemos de eruditos dictadores y torturadores letraheridos, muy aficionados a los cuentos. Tal vez los grandes cuentistas estadounidenses Edgar Allan Poe y Howard Phillips Lovecraft sean dos de los autores favoritos de fascistas y asesinos en serie. Además, ¿no les parece perturbador la cantidad de métodos de asesinato, de suicidio, de venganzas o de envenenamiento que se aprenden en los cuentos?

¿Puede una colección de cuentos del siglo XIX y de principios del siglo XX ser relevante en esta época? ¿Tienen algo que decir estas historias de antaño a las personas que vemos en el metro y en los buses, con cascos puestos, escroleando en TikTok o en Instagram? ¿Puede significar algo para esas que se pasan el día recostadas en un sofá jugando videojuegos o dándose un atracón de sus series favoritas en Netflix? Creo que sí. Es más, creo que esta colección que recoge textos de seis maestros del género breve — Hans Christian Andersen, Nathaniel Hawthorne, Antón Chéjov, Kate Chopin, Mary Shelley y O. Henry —, les habla directamente. A pesar de que han pasado más de cien años de que fueron publicados, la atemporalidad de sus propuestas, los arquetipos que manejan y los caracteres que describen, los tornan familiares y cercanos.

Tan solo basta extrapolar las situaciones, las acciones y los personajes a nuestra época. Esto no es nada extraño, ya que algunos de los cuentos escogidos son revisiones de leyendas, de mitos, del folklore y de historias de antaño. Ese es el caso de *El traje nuevo del emperador* de Hans Christian Andersen que tiene un montón de variantes. De hecho, para su versión, Andersen se basó en una historia recopilada por el infante don Juan Manuel en *El conde Lucanor*, que leyó en alemán. También sucede lo mismo con Nathaniel Hawthorne que incluyó *El toque de oro* en un volumen que recoge varios mitos griegos, reescritos para un público infantil y juvenil. Para darle cierta cohesión y estructura, Hawthorne se sirvió de un personaje, Eustace Bright, un estudiante de Williams College, que relata las historias de una manera sencilla y jocosa a un grupo de niños estadounidenses.

El escritor cubano Guillermo Cabrera Infante resaltaba el aspecto vivo y proteico de los cuentos. A diferencia de otros

géneros, siempre estamos inmersos en el cuento: comparamos sus tramas con nuestras vidas o repetimos sus diálogos y sus frases icónicas como si se nos hubiesen ocurrido. Y así como los cuentos enriquecen nuestras vidas, nosotros los enriquecemos a ellos, ya que los transformamos: traduciéndolos a nuestra jerga, parafraseándolos y añadiéndoles elementos personales, culturales y temporales. Que no se eligieran cuentos en español para esta antología tal vez tenga que ver con que se quiere homenajear esa tradición proteica, de modo que esa fuerza centrífuga del lenguaje vuelva a transformarlos y sea posible entregárselos a los lectores en un español latinoamericano actual. Aparte de esto, hay que señalar que la mayoría de estos relatos han adoptado diversas formas y se han vuelto canciones, óperas, obras de teatro, películas, series de televisión, monólogos de comediantes, parodias, muñequitos, animaciones, novelas gráficas, musicales. Basta solo mencionar uno: *El regalo de los Reyes Magos* de O. Henry. A la fecha se han producido veinte películas basadas en esta breve historia. La primera se hizo en el 1917 y la última es bengalí, de 2022. Por cierto, *Los Simpson* le dedicaron un episodio que en español se tituló *El timo de los Reyes Magos*.



En 1837, el autor danés Hans Christian Andersen, publica una colección titulada *Cuentos de hadas contados para niños*, donde incluye *El traje nuevo del emperador*. A diferencia de otros cuentos de hadas, que aparecen en la colección, como *La sirenita* o *El yesquero*, esta historia no recurre a elementos fantásticos, sino que lo que aparenta ser mágico y maravilloso es en sí algo muy realista: una mentira.

El cuento trata de un emperador vanidoso «que era tan aficionado a la ropa de lujo que se gastaba todo su dinero en verse realmente bien». Al saber de su despilfarro, aparecen en el pueblo dos estafadores que se hacen pasar por sastres y que aseguran poder «tejer las telas más maravillosas jamás imaginadas». Además, y esto es lo más interesante, que la ropa tejida con esa tela se haría invisible para los funcionarios corruptos y la gente extremadamente estúpida. Al enterarse, el emperador les encarga un traje a los estafadores, quienes, ni cortos ni perezosos, de inmediato se ponen manos a la obra.

Para inspeccionar cómo va quedando el traje, el emperador envía a uno de sus ministros. Al ver a los falsos sastres simulando que hilan ante el telar, comprende que no puede ver la tela y que por consiguiente es un funcionario corrupto. Ahora bien, no puede dejar que los demás se enteren, por lo que se acerca al telar vacío y elogia la tela. Lo mismo ocurre con otro de los oficiales de confianza del emperador. Y ocurre con el mismo emperador, cuando los estafadores terminan el trabajo y hacen los gestos y ademanes de que le están poniendo el traje invisible. Emocionado el emperador anuncia un desfile para mostrarle su nuevo traje al pueblo y al día siguiente se le puede ver encabezándolo, montado en su hermoso trono. Las multitudes que están al tanto de que solo los funcionarios corruptos

y los estúpidos son incapaces de ver la tela mágica, aplauden con furor la comitiva, elogiando el nuevo traje del emperador, no vaya a ser que la persona del lado piense que son incapaces de percibirlo. Sin embargo, hay un niño en la multitud que al verlo grita: «¡Pero si no está vestido!». El señalamiento del niño rompe el hechizo de la mentira y la gente admite que no hay traje nuevo y que el emperador está desnudo. Al oír los reproches, la piel del emperador se eriza, pero continúa con el desfile, negándose a admitir que lo estafaron.

Ciento ochenta años después de publicado *El traje nuevo del emperador*, Salvatore Garau, un artista plástico italiano, vendió una escultura invisible por veintiocho mil euros. Al decir invisible no exagero, lo único que existe de la obra, titulada *Delante de ti*, es el certificado de autenticidad. La descripción de la obra es toda una *boutade* y parece redactada por uno de los estafadores del cuento de Hans Christian Andersen: «Una escultura inmaterial para colocar en un espacio libre de cualquier estorbo. Dimensiones variables, aproximadamente 200 x 200 cm. Obra acompañada de un certificado de autenticidad emitido por el artista. Obra archivada con el n. IM5. Procedencia: Colección particular, Milán. Estimación: 12.000-16.000 €». Ahora bien, no es el primero que trabaja el tema de la invisibilidad, ya que lo mismo habían hecho —con resultados más interesantes—, artistas como Andy Warhol, Marinus Boezem o Yves Klein. Sin embargo, el meollo del asunto acá es el gesto de venta y la ilusión que crea de que un comprador puede adquirir y llevarse una escultura que no existe. En un *statement* el artista explicó que «el vacío no es otra cosa que un espacio lleno de energía que se condensa y se convierte en partículas, en fin, ¡en nosotros! Y aunque lo vaciemos y no quede nada, según el principio de incertidumbre de Heisenberg, esa nada tiene un peso».

Mientras en el cuento los estafadores aseguraban «que se hacía invisible para alguien que estuviera en un cargo que no mereciese y tampoco la podían ver quienes fueran demasiado estúpidos», el artista italiano y los curadores, los académicos y los galeristas, se sirven de una jerga y de la permisividad de la vanguardia para engañar a los incautos, quienes, por temor a parecer brutos, ignorantes e incultos, asienten boquiabiertos, sin despegar los ojos de la escultura invisible.

Hace años, Jacques-Henri Levesque, refiriéndose a la obra del padre del arte conceptual, decía que «una obra de Duchamp no es exactamente lo que uno tiene ante los ojos, sino el impulso que ese signo da a la mente de quien lo mira.» La obra de Marcel Duchamp proponía nuevas formas de mirar en una época en que esto resultaba impensable. *Delante de ti* dialoga con su obra *Fuente*, un urinario de porcelana que mandó con seudónimo y como una provocación a una exhibición en 1917. La obra fue rechazada, pero la osadía causó tanto impacto que los historiadores del arte la catalogan como símbolo del arte vanguardista y revolucionario. No obstante, al contrario de *Fuente*, que causó enojo, la escultura en cuestión como otras piezas más, forman parte del billonario circuito del arte mundial y han terminado convirtiéndose en obras mercantiles. Lo mismo ocurre con Maurizio Cattelan, otro artista italiano. Su obra *Comediante*, que consiste en una banana adherida a una pared con cinta adhesiva, fue adquirida por \$6.2 millones de dólares, por Justin Sun, un cínico magnate chino de las criptomonedas. Inmediatamente este la recibió, ofreció una rueda de prensa, donde se comió la banana.

Esas grandes sumas de dinero recuerdan lo que los estafadores se embolsillaron del vanidoso rey del cuento. Hay miles de

ejemplos similares en el mundo del arte contemporáneo, pero también podemos extrapolarlo a nuestras cotidianidades. Pensemos en la música, en el cine o en la literatura. A diario escuchamos los hits y las canciones pop, dando por hecho su pobre contenido musical, la ridiculez de las letras y su burda simpleza. Sin embargo, por un sentido de pertenencia al rebaño, las consumimos del mismo modo que digerimos la comida chatarra o el alcohol barato. Algo similar sucede con los libros. De hecho, tendemos a fingir que hemos leído a autores y libros, sencillamente para lograr encajar en un grupo. Pensando en esto último, en 2007, se publicó *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, de Pierre Bayard. El autor francés reacciona de manera positiva ante el hecho de que continuamente fingimos leer libros que nunca hemos abierto y de que asumimos que lo hicimos por un sentido de pertenencia. Considera que al fingir que se ha leído algo hay ricas posibilidades creativas y de invención. En fin, lo que nos propone es un antiintelectualismo y una apología a la simulación, tan común en nuestra época donde más importante que leer el libro es mostrar una foto de este en las redes. En cuanto al libro de marras, tal como se pueden imaginar, fue un éxito de ventas y un fenómeno editorial internacional.



La académica estadounidense Hollis Robbins señala en un ensayo titulado *The Emperor's New Clothes and Workplace Harassment* que los funcionarios y la multitud que desde las calles y desde sus ventanas se hacen de la vista gorda ante la desnudez del emperador representan a quienes simulan no ver los acosos y los juegos de poder y sometimiento que suceden en los ambientes laborales. «Hacer la vista gorda», es un término que usamos cuando simulamos no haber visto una situación delictiva. Aparentemente, la expresión proviene del ámbito de las aduanas. El aduanero se hacía la vista gorda a cambio de dinero para dejar pasar cargamentos que no estaban declarados. También está el miedo a la represalia y las consecuencias de nuestra denuncia, que, en estos casos, va alimentando la mentira hasta convertirla en verdad.

Por lo tanto, para hacer frente a la hipocresía, al fingimiento y a la mentira se requiere de gente que disienta, que se la juegue y que carezca de miedo. Yuval Noah Harari escribió en *21 lecciones para el siglo XXI* que «algunos gestos personales pueden incendiar el mundo entero, como sucedió con la autoinmolación de Mohamed Bouazizi en Túnez, que desató la Primavera Árabe, y con las mujeres que compartieron sus experiencias de acoso sexual y desencadenaron el movimiento #MeToo». Es por esa razón, que Hans Christian Andersen elige a un pequeño como paladín de la verdad, ya que para el autor danés los niños representan el futuro, el cambio, la revolución. Por cierto, el señalamiento del niño a la desnudez del emperador nos recuerda a otra niña que llevó a cabo una denuncia similar unos años atrás sobre algo tan evidente como el calentamiento global. Me refiero a la activista sueca Greta Thunberg, la cual se convirtió en símbolo de la lucha a favor del medio ambiente y en contra del calentamiento global. En su caso, el emperador desnudo lo representaba Donald

Trump, negador acérrimo de la existencia del calentamiento global y quien se vio en un intercambio desafortunado en redes sociales con la niña. Llegó hasta a catalogar de ridícula la elección de Thunberg como Persona del Año del 2019 en la revista *Times*.

Ahora bien, volvamos al último párrafo del cuento:

—¡Pero si no está vestido! —dijo un niño al verlo pasar.
—¡Oigan bien la voz de la inocencia! —dijo su padre.

Y luego la gente empezó a repetir el murmullo: «Un niño dijo que el emperador no lleva nada puesto».

«¡Pues, es que el emperador no está vestido!», finalmente gritó toda la multitud. Y al emperador se le erizó la piel porque le parecía que tenían razón. «De todas formas», se dijo, «debo continuar con el desfile». Y así siguió, más orgulloso que nunca, y sus caballeros detrás de él siguieron sosteniendo la cola del traje, cola que para nada estaba ahí.

Los biógrafos cuentan que en su primera versión el cuento concluye sin que apareciera el niño y sin que nadie en el pueblo cuestionara el nuevo traje del emperador. Pero más tarde, Hans Christian Andersen lo reescribió e incluyó al niño para que sus palabras rompieran el hechizo de la mentira y las multitudes pudieran repetir que el emperador no está vestido.

También sugieren que Hans Christian Andersen se retrató a sí mismo en el cuento, que es el niño denunciante. A temprana edad, la madre del autor danés, lo llevó a ver el desfile del rey de Dinamarca. Al distinguir al rey en medio del desfile, Hans Christian Andersen quedó tan decepcionado que le

gritó a su madre que no entendía cuál era el alboroto, ya que el rey le parecía un hombre como cualquier otro. Tal vez en ese momento se sembró en el futuro escritor la semillita que le daría forma a este clásico de la literatura. La semilla del coraje, de la rebelión, de la libertad.



En *El toque de oro*, cuento del estadounidense Nathaniel Hawthorne, podemos leer sobre otro rey obseso, ególatra y avaricioso: el famoso rey Midas. La figura del rey Midas forma parte de la cultura popular, al punto que siempre que surge un nuevo millonario o un emprendedor exitoso, los reporteros suelen comparar sus habilidades con las de Midas o ponderan que sus logros se deben a que tiene un «toque de oro». Sin embargo, el rey Midas está muy alejado del éxito, del triunfo y de la felicidad con que lo asociamos. Lo que retrata el cuento de marras es a una persona enferma de avaricia, un adicto, que centra su vida en acumular oro, olvidándose de todo lo demás, como es posible apreciar en este pasaje:

Se le volvió costumbre, además, pasar buena parte de sus días en un oscuro e infeliz apartado, bajo tierra, en el

sótano de su palacio. Aquí era donde guardaba su riqueza. A este lúgubre hueco —pues era apenas un poco mejor que un calabozo— se dirigía Midas cuando sentía ganas de ser especialmente feliz. Ahí, después de asegurar cuidadosamente la puerta, tomaba una bolsa con monedas de oro, o una copa de oro tan grande como un lavamanos, o un pesado barrote de oro, o una medida de oro en polvo y las traía desde las oscuras esquinas de la habitación hasta un brillante y estrecho rayo de sol que entraba por el tragaluz del calabozo. El único valor que le encontraba al rayo de sol era que sus tesoros no brillarían sin su ayuda.

Al igual que un adicto, el rey Midas se repliega en la soledad del sótano de su palacio a solazarse con sus piezas de oro. Aislado, apartado de la naturaleza y de los afectos de su hija, agota los días contemplando su colección que le da alborozo y felicidad. Ahora bien, como refiere el narrador: «Jamás alcanzaría el punto máximo de alegría a menos que el mundo entero se convirtiera en su cuarto del tesoro y estuviera repleto del preciado metal amarillo que fuera suyo y solo suyo».

Muchos psicólogos consideran la avaricia una adicción y hasta la han clasificado como crematomanía, un trastorno psicológico que se caracteriza por la necesidad compulsiva de acumular riquezas y bienes materiales. Es un trastorno ya muy común en nuestras sociedades desiguales y que tiene cierto parentesco con la ludopatía. Cuando la enfermedad se agudiza resulta evidente en el comportamiento del sujeto. En el caso del cuento protagonizado por Midas ocurre cuando un extraño que se cuela en su sótano y que admira sus riquezas, le concede el deseo de que en lo adelante podrá convertir todo lo que toque en el mineral de su obsesión.

Al día siguiente, el rey Midas se levanta y de tan solo tocar algo lo convierte en oro. Sorprendido por su nuevo superpoder, empieza a tocar todo lo que le rodea. A medida que baja la escalera nota que la baranda en que se apoya se transforma en oro. Sale al jardín y empieza a tocar cada arbusto y cada flor hasta que quedan convertidos en oro.

El toque de oro me remite a la compra en plataformas como Amazon, eBay o Shein, donde se adquieren infinidad de artículos y de mercancías con un simple clic. Al igual que Midas en la oscuridad de su sótano podemos imaginar a millones de personas que en estos instantes, deslizan los dedos en las pantallas de sus teléfonos inteligentes, en busca de mercancías novedosas. Sin embargo, estos excesos tienen siempre consecuencias. Así como el que compra por internet tarde o temprano se da cuenta de que su tarjeta está sobregirada y el que consume drogas empieza a enfermarse, Midas se percata de que su superpoder le impide disfrutar de las cosas más sencillas e importantes de la vida. Por ejemplo, se lleva un sorbo de café a la boca e inmediatamente el líquido entra en contacto con sus labios se transforma en oro fundido.

Sin embargo, más que su integridad física, lo que lo aterriza es que al abrazar a su hija la convierte sin querer en una estatua del metal de su obsesión. Es entonces que se da cuenta de su enfermedad y empieza a recriminarse. Se considera el más pobre del mundo. Renuncia a todas sus riquezas a cambio de que su hija vuelva a la vida. Por suerte, el extraño personaje vuelve a aparecer y le ofrece el remedio a su mal, que consiste en que se sumerja en un río que pasa detrás del jardín del palacio y que lleve consigo un vaso con agua para luego esparcirlo sobre cualquier objeto que desee que vuelva a su forma original.

«Si lo haces con seriedad y sinceridad —le instruye el extraño personaje—, probablemente repares los daños que tu avaricia ha ocasionado».

Sumergirse en el agua simboliza una especie de bautismo, de limpieza y de renacimiento. Al hundirse en esta dejamos atrás nuestro pasado para que surja un nuevo yo. Terapia muy cercana a los doce pasos de los alcohólicos anónimos, el plan de recuperación para vencer la adicción al demonio de la bebida.

La avaricia es condenada por todas las culturas. A pesar de que los jerarcas del evangelio de la prosperidad se caracterizan por su avaricia, el cristianismo la considera uno de los pecados capitales y en el Nuevo Testamento se condena y Jesús señala que «la vida de una persona no consiste en la abundancia de sus bienes». La Biblia ofrece múltiples referencias a la avaricia, condenándola como un pecado que desvía a las personas de los valores espirituales y éticos.

Al final del cuento, se nos muestra un Midas ya curado, que disfruta de la naturaleza y de sus rubios nietos, a quienes les cuenta su historia como si se tratara del testimonio de un abstemio.

«—Y para serles sincero, mis pequeñines, —decía el rey Midas mientras hacía cabalgar a los niños sobre sus rodillas— desde esa mañana he odiado ver cualquier cosa dorada, excepto estos rizos».



A los veintitrés años, Antón Chéjov se enmascaraba bajo un pseudónimo y colaboraba en revistas, donde debía escribir textos breves, de carácter humorístico y que pudieran pasar los registros de la censura. A esa edad escribe *La calumnia*, que aborda el tema de la reputación social. Durante la fiesta de boda de su hija, el profesor Serguéi Kapitonich Ajjinéiev –protagonista del cuento–, se ve envuelto en un malentendido. Todo empieza cuando a medianoche, a punto de servir la cena, entra a la cocina para inspeccionar los platos. Al pedirle a la cocinera que le muestre el esturión, el plato principal del banquete, lo ve tan apetitoso que de una manera ridícula se pone a lanzarle besitos. En ese momento, entra un asistente de la escuela llamado Vankin que oye los besos, pensando que el profesor besuquea a la gorda cocinera. A pesar de que Serguéi le insiste que solo chasqueaba los labios en señal «de deleite por el esturión», Vankin sale con una amplia sonrisa, que le da a entender al dueño de la casa que les dirá a los invitados que se estaba besando con la cocinera. Así que con el propósito de contrarrestar la posible calumnia de Vankin, Serguéi les revela a los invitados lo sucedido. Deduce que, si le cuenta a todo el mundo la verdad, con cierta obstinación, esto lo libraré de cualquier

sospecha o conjetura que pudiera enlodar su reputación. Sin embargo, le sucede como aquel que intentando quitar una mancha en el espejo con un paño termina agrandándola más.

«Las malas lenguas hicieron lo suyo y la estrategia de Serguéi no sirvió de nada», escribe Chéjov. El primero que le reprocha su conducta es el director de la escuela que le dice: «Hay rumores de que usted está teniendo una aventura con la... cocinera... no tiene que ver conmigo, pero... coquetéele, bésela... Lo que quiera, pero por favor, no lo haga público. Se lo suplico. No se le olvide que usted es un profesor». De igual modo lo regaña su esposa. Sin embargo, en vez de autoanalizarse y comprender su pésimo manejo de la situación, Serguéi sigue pensando que fue calumniado.

El personaje de Serguéi recuerda a un político que constantemente ofrece declaraciones y explicaciones para defenderse de los insultos de sus detractores u oponentes. No debe sorprender a nadie que se sitúe la acción en el mundo académico, ya que esperamos de los educadores una conducta intachable y ejemplar. Pero también trae a la mente a muchos profesores de la actualidad, sobre todo académicos universitarios, que en los últimos años se han visto sometidos al escrutinio público por juicios emitidos en una clase o por textos escritos de un modo impulsivo en una red social, o peor aún, por sencillamente estar en medio de una controversia. Imaginemos cómo Chéjov escribiría esta historia en la actualidad. Tal vez elegiría un profesor de una universidad estadounidense, usuario de una red social, que la usa más bien para repostear información pertinente. Un tipo tranquilo, que cuida mucho su reputación y su estatus. Que busca escalar posiciones en el mundo académico y que para esto suele elogiar a colegas que

le pueden servir de apoyo, dándole «me gusta» a las cosas que postean o repostando sus textos. Una mañana reposteó como de costumbre un post de uno de sus colegas más reputados sin fijarse que es una publicación llena de odio hacia la comunidad LGBTQ+. Cuando se da cuenta del asunto ya es muy tarde. Las redes han explotado. Nuestro profesor entra a su cuenta para borrar el rastro de que reposteó el mensaje de odio, pero ya es muy tarde, cuatro de sus colegas lo han visto y le han dejado comentarios reclamándole y reprochando su actitud. El profesor, para evitar que lo asocien con esas ideas de odio, escribe un post donde hace un *mea culpa*, explicando que no se fijó en el contenido que reposteó. También entra en la cuenta de varias colegas para explicar su dislate. Todo el mundo sospecha de sus mensajes y empiezan a señalarlo en la red, a cuestionarlo y a asociarlo con el discurso de odio, al punto que una mañana recibe un correo electrónico del rector, pidiéndole que vaya a su oficina, que tienen que hablar.

Es posible enredar el cuento más. Acá, al igual que con Serguéi, el problema radica en la obsesión por quedar bien con todo el mundo, por mantener «una reputación», por aspirar a una pureza moral. Al principio del cuento, Chéjov, escribe, que «algunas personas que por su posición social no podían entrar a la fiesta miraban a través de las ventanas del patio». A estos voyeristas los podemos extrapolar con nuestros seguidores de las redes sociales, quienes miran la acción desde las pantallas de sus celulares o de sus laptops, aguardando como hienas a que el influencer, la celebridad o el político tropiece, para arremeter contra ellos. Mientras mayor es nuestra reputación más vigilados y supervisados nos hallamos. Cuando el contenido que se postea no cumple con las expectativas de la comunidad, se tiende a castigar a la persona, a apedrearla, «a cancelarla».

Con casi cuatro mil millones de usuarios, las redes sociales se han vuelto una parte esencial de nuestras vidas, al punto que es posible que los demás nos vigilen y sigan nuestros pasos a través de ellas. Por lo tanto, lo más sensato sería andar por estas con precaución, como si se tratase de una calle peligrosa, distinguir cuál red representa un barrio riesgoso y en cuál podemos bajar un poco la guardia.

En fin, si hay algo que nos enseña Chéjov, es que por más que deseemos resulta imposible controlar las ideas que se hacen las personas de nosotros. Tal vez si el profesor Serguéi se hubiera encogido de hombros y dicho que la gente puede pensar lo que le venga en gana sobre ese asunto, la calumnia que él mismo creó nunca hubiese crecido como una avalancha hasta sepultarlo. Por otro lado, «errar es de humanos», como decían en Roma, y es a partir de tropezones y las metidas de pata que aprendemos a vivir, a crecer y a andar en el mundo.



En *El ciego*, la estadounidense Kate Chopin nos presenta un personaje que está en el otro extremo, un solipsista, de carácter impulsivo y veleidoso, sumido en su propio mundo.

Si esto lo extrapolamos a la actualidad, al mundo de las redes sociales, mientras el protagonista de *La calumnia* pudiera representar un político, un influencer, una celebridad —es decir, alguien que tiene algo que perder—, el personaje de esta historia sería un anónimo, alguien que no tiene prestigio, una especie de troll ofuscado del mismo modo que tantos antivacunas, conspiradores o terraplanistas.

Este cuento de 1897 traza el recorrido de un invidente a través de las calles de un pueblito del sur de Estados Unidos. A pesar de que es un día soleado y caluroso, el ciego no se quita ni el chaleco ni la chaqueta sobre la camisa, ni toma el lado con sombrilla de la acera. Carga una caja roja de lápices que va vendiendo de puerta en puerta. Pero todo lo hace mal y no logra vender ninguno. En un momento, unos niños tratan de arrebatársela. Se acerca un policía que al principio lo sacude con brusquedad hasta que se da cuenta de que es ciego y lo deja ir. De repente, alcanza una calle muy transitada y ruidosa, y sin enterarse mucho de lo que sucede a su alrededor, pone un pie en el pavimento y empieza a cruzar. La narradora escribe:

Entonces algo ocurrió. Algo horrible que hizo que las mujeres se desmayaran y los hombres más fuertes, al verlo, sintieran náuseas y mareos. Los labios del maquinista del tren se pusieron tan grises como su cara, que ya estaba de un gris ceniza, y tembló y se tambaleó del esfuerzo sobrehumano que había puesto en detener la locomotora.

Sin embargo, el accidentado no es el ciego, como suponíamos, sino «uno de los hombres más ricos, generosos e influyentes del pueblo, un hombre reconocido por su prudencia y

previsión». Entretanto, el ciego sigue su camino bajo el sol, sin preocuparse del caos y el barullo que el accidente ha causado.

La contraposición del pobre ciego con el rico benefactor no solo crea un efecto sorpresivo y estético sino también produce una reflexión en los lectores.

«¿Cómo es que a alguien así se le había atravesado tan terrible destino?», se pregunta la narradora del cuento, pensando en el rico benefactor. Si el atropellado hubiese sido el ciego no habría ningún tipo de sorpresa. Tal vez lo que Kate Chopin trata de advertirnos es que no importa cuán virtuosos seamos ni cuán prudentes ni organizados, la vida en una gran parte está mediada por el azar, la buena fortuna y el destino. «Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes», plantea un viejo dicho que funcionaría como colofón de este cuento.



Al igual que *El ciego*, otro cuento de Kate Chopin, titulado *Relato de una hora*, también está relacionado con un accidente. Narra la historia de la señora Mallard, una mujer que sufre del corazón, a quien su hermana y un amigo, le dan con

mucho cuidado la noticia de la muerte de su marido en un desastre en las vías ferroviarias. Al principio, la reacción de la señora es predecible, pero cuando queda sola y se retira a su habitación se reconoce a sí misma que apenas amó a su esposo, que ahora que ha fallecido está libre y fantasea sobre su futuro.

A Kate Chopin le bastan unas cuantas pinceladas para retratar la frustración y represión de su personaje. No está claro si es una rebelión contra el esposo. Tampoco se sabe si fue abusivo o déspota, lo que sí se intuye es que es mayor que ella y que viaja mucho por negocios. Sin embargo, la insatisfacción viene de otra parte, surge de sus entrañas y de su mente. Quizá se rebela contra el sistema patriarcal que hizo tantos estragos en el sur de los Estados Unidos. O tal vez es que nunca había concebido en su cabeza la muerte del marido y que a partir de su ausencia vislumbra una oportunidad de asumir un nuevo estilo de vida.

«No habría nadie por quien vivir en esos siguientes años; viviría para sí misma. No habría ninguna autoridad anteponiéndose a la suya en esa persistencia ciega con la que hombres y mujeres creen tener el derecho a imponer una voluntad individual sobre uno de sus semejantes. Que la intención fuera buena o cruel no hacía que ese acto pareciera menos criminal ante los ojos con los que veía en ese breve momento de claridad».

Es curioso que esta reflexión la haga cuando se encierra sola en su habitación, al sentarse en su sillón amplio y cómodo, con la ventana abierta, mirando hacia el exterior. La elaboración de este pasaje lleva a pensar en *La habitación propia* de Virginia Woolf, ensayo que se publicaría décadas después y

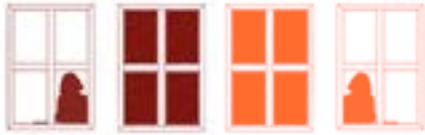
en que la novelista inglesa advierte que «una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas». Pero no solo para escribir, sino para pensar e ilusionarse con un futuro autónomo y de realización personal, como lo hacía en ese momento la señora Mallard: «Sus fantasías se desbocaban hacia esos días que tenía por delante. Días primaverales, días de verano, todo tipo de días serían solo suyos».

A medida que sueña con su nuevo futuro, el miedo, la reserva y la timidez que la embargaron en el pasado ahora se han trocado en determinación, autonomía y arrojo. Su hermana le toca la puerta para averiguar si está bien. Al abrir ella muestra resolución y la autora señala que en su rostro se percibía «un triunfo intenso, y sin darse cuenta avanzaba como una diosa de la victoria».

Sin embargo, al igual que en *El ciego*, sucede lo inesperado: la noticia de la muerte del marido en el accidente ferroviario resulta ser una confusión de nombres. Al ver entrar a su esposo en la casa, con su maletín y su sombrilla, la señora Mallard no puede lidiar con la impresión y sufre una tensión emocional contundente.

«Cuando llegaron los médicos informaron que Luisa había muerto de un mal del corazón —de una alegría mortal—».

Es un final sorpresivo e insólito. Pero sobre todo cruel y desazonador. Al igual que el Moisés bíblico quien solo pudo avistar la tierra prometida desde lejos, la señora Mallard antes de fallecer llega a vislumbrar su libertad, pero entendemos entonces que apenas la vio a través de los barrotes de su jaula.



Kate Chopin fue pionera de la literatura feminista actual. Se conoce por su novela *El despertar* y por sus magistrales cuentos, algunos de los cuales fueron publicados en revistas como *The Atlantic Monthly* o *Vogue*. *La tormenta*, uno de sus cuentos más célebres, pese a que fue escrito en 1897, no logró publicarse sino hasta 1969. La razón es que el cuento se centra en una infidelidad y en vez de cerrar con un castigo contra la pareja de adúlteros, como era la costumbre, sucedía todo lo contrario. El remate lo expresa con mayor franqueza: «Y así pasó la tormenta y todo el mundo estuvo feliz». Como si se tratase de un «colorín colorado, este cuento se ha acabado», da entender que el adulterio, al menos en ese cuento y con esos personajes, funciona como un método para equilibrar la vida conyugal.

La acción sucede durante una tormenta. Mientras el marido y el hijo de Calixta aguardan que transcurra el fenómeno para regresar a su hogar, ella trabaja en su máquina de coser. De repente se levanta a cerrar puertas y ventanas. Al salir en busca de la ropa del tendedero se topa con Alce, un hombre con quien estuvo involucrada tiempo atrás. De hecho, hay un

cuento anterior titulado *At the 'Cadian Ball*, donde relata cómo se conocieron. La lluvia empieza a caer y Alce la acompaña al interior de la casa. A medida que la tormenta aumenta en intensidad, también se incrementa la pasión de ambos. Una cosa lleva a la otra y de pronto la narradora realiza este tipo de descripciones: «Su piel firme y elástica, que estaba conociendo por primera vez su derecho natural al placer, era como un suave lirio al que el sol invita a participar con su aliento y su perfume en la vida infinita de este mundo».

El intenso encuentro sexual entre los infieles termina al mismo tiempo que la tormenta. El esposo y el hijo retornan y Calixta los recibe contenta. Entretanto, Alce vuelve a su hogar y le escribe una carta cariñosa a su esposa, instándola a quedarse en Biloxi con sus bebés todo el tiempo que necesite, que él estaba bien «y, aunque los extrañara, estaba dispuesto a soportar la separación un poco más de tiempo ya que sabía que la salud y el disfrute de ello eran lo más importante». Su mujer recibe la carta encantada en Biloxi, donde es feliz y se siente tan libre como si volviera a estar soltera.

Tal como señalé arriba, tras cumplir su deseo los adúlteros vuelven renovados a su vida conyugal. En el caso de Calixta, quien nunca había cometido adulterio, la intensidad es mayor. De algún modo, el encuentro erótico supone un descubrimiento de su sexualidad, como si comprendiese que esa fuerza no solo tiene una función productiva, sino también placentera, lúdica, transformadora. No está interesada en el compromiso ni en el vínculo emocional. Sabe que Alce fue su objeto de deseo, pero no ve en este cifradas sus posibilidades amorosas, sino más bien lo trata como un capricho, un anhelo, una válvula de escape. Así que vuelve a su vida conyugal,

sonriente y amorosa, orgullosa de que tiene control sobre sí misma y que puede domar la arrasadora tormenta pasionaria. Pareciese que en su mente repicaran las palabras de Alce en medio de la tormenta: «No tengas miedo. Nada va a ocurrir. La casa está en un terreno bajo y rodeada de muchos árboles altos como para que le caiga un rayo». Y, por supuesto, la casa representa a Calixta.



Estos cuentos de insatisfacción y de adulterio de Kate Chopin llevan irremediablemente a reflexionar sobre el concepto de la monogamia. Desde hace años, existe un debate en la comunidad científica sobre si estamos biológicamente pre-dispuestos a la monogamia. Conforme a esto, casarnos y vivir en pareja es algo ajeno a nuestra naturaleza. Las estadísticas parecen respaldar esto: una tercera parte de los matrimonios termina en divorcio, las relaciones se desgastan a los pocos meses de empezar y las ofertas para conseguir sustitutos se han multiplicado gracias a aplicaciones gratis de citas como Tinder o Happn y a la cercanía que nos imponen las redes sociales. El sexólogo Manuel Matheu bromea con que la razón de que seamos monógamos se reduce a que somos pobres. Es un

planteamiento que comparten otros científicos que consideran que el matrimonio monógamo se estableció por cuestiones de repartición de recursos limitados.

Años atrás, una de las parejas más influyentes de Hollywood, Jada Pinkett y Will Smith, explicaron en un programa que les resultaba imposible ser monógamos. Ante esa imposibilidad, las nuevas generaciones proponen relaciones alternativas como el poliamor y las relaciones abiertas. Sin embargo, nada de esto es nuevo. Si nos remontamos a la época de los románticos, a la Inglaterra de principios del siglo XIX, nos encontraremos con poetas como Percy Bysshe Shelley y Lord Byron, quienes propugnaban el amor libre. No querían estar atados a nada ni mucho menos a una institución como el matrimonio. En el caso de Lord Byron se le fue un poco la mano, ya que tuvo una relación con su medio hermana Augusta, que provocó un escándalo tan grande que debió abandonar Inglaterra. En el caso del matrimonio Shelley, se cuenta que durante una temporada que vivieron en Europa con la hermanastra de Mary Shelley, Claire Clairmont, mantuvieron una especie de relación poliamorosa, aunque algunos biógrafos la definen como un triángulo amoroso y unos más recatados aseguran que la hermanastra y el esposo se veían a escondidas.

El cuento *La prueba de amor*, de Mary Shelley, publicado en 1834, se inspira en algunos episodios de ese triángulo amoroso. Ambientada en Lombardía, la historia presenta la vida de Angelina, una joven huérfana que vive en un convento y mantiene un amor secreto con un joven aristócrata llamado Hipólito. Ya que Angelina no es de la aristocracia, para poder dar su aprobación, el padre de Hipólito los somete a un acuerdo que consiste en que en un año a partir de ese momento los

jóvenes no se comunicarán ni verbalmente ni por escrito. La intención de «esta prueba de amor» es mostrar si realmente se aman y no se trata de un mero capricho. Sin embargo, a un mes de cumplirse el acuerdo, Hipólito conoce casualmente a Faustina, una amiga de Angelina, de origen aristocrático, quien pone a prueba la lealtad y el destino de los amantes. Dada la prueba de amor, Angelina no puede contarle a su joven amiga de su relación con Hipólito, pese a que esta empieza a mostrar interés hacia el apuesto joven. Ya que la prueba de amor le impide persuadirla, Faustina e Hipólito empiezan a verse, a tratarse, a gustarse. Así que a Angelina no le queda más remedio que contemplar con recelo la inconstancia y la deslealtad de su amado, hasta que se resigna y toma los hábitos en el convento. En cuanto a Hipólito y Faustina, se casan y el matrimonio en un principio es feliz, pero dada «la naturaleza superficial e inconstante» del esposo acaba yéndose al garete. Angelina comprende con los años que «Hipólito no era la persona que su alma había amado, y si se hubiera casado con él, con los profundos sentimientos y la altísima valoración del honor que tenía ella, sentía que estaría incluso más insatisfecha que Faustina». El cuento termina del siguiente modo: «La pareja vivió lo normal en un matrimonio italiano. Él era alegre, inconstante y descuidado; ella se consolaba con un servil caballero. Angelina, dedicada a servir a Dios, se sorprendía de todo esto, de cómo pueden cambiar tan fácilmente los sentimientos, que para ella eran sagrados e inmutables».

Ahora bien, hay que resaltar que la docilidad de Angelina del cuento distaba mucho de la personalidad de la autora de *Frankenstein*. Aunque puede que Percy Bysshe sí tuviese algunos rasgos de Hipólito —la infatuación, por ejemplo—. Pero el amor de ella hacia el poeta fue siempre constante y la prueba

es que, tras su muerte a los veintinueve años, Mary Shelley se dedicó devotamente a promover su poesía en todos los círculos literarios posibles. Sin embargo, en el aspecto monacal, puede guardar cierto parecido con Angelina, puesto que no volvió a casarse ni a tener una pareja conocida. De hecho, a uno de sus pretendientes, le escribió que luego de haber estado con un genio era muy difícil estar con un hombre común y corriente.



No solo en *La prueba de amor* o en *La calumnia*, que son los más evidentes, nos topamos con malentendidos y situaciones ridículas que se hubieran resuelto con un poco más de entendimiento, empatía y diálogo. Estos cuentos reflejan nuestras imperfecciones y lo arduo que resulta comunicar con honestidad y sinceridad aquello que llevamos en nuestro interior. En ocasiones, ni siquiera lo sabemos expresar, como la señora Mallard de *Relato de una hora* o la Calixta de *La tormenta*, sino hasta el momento en que sucede. Ahora bien, nada de esto es anormal: somos seres rotos y requerimos de los otros para unir los pedazos que nos faltan. El premio nobel mexicano Octavio Paz lo dice con mayor belleza al final de su legendario poema *Piedra de sol*: «adonde yo soy tú somos nosotros».

Con algo similar nos topamos en *El regalo de los Reyes Magos*, del estadounidense O. Henry. El cuento discurre del siguiente modo. Estamos en Nochebuena, una joven llamada Delia se percata de que no tiene suficiente dinero para comprarle un obsequio navideño a su marido Jim. A pesar de ser pobres, los Dillingham Young se aman y poseen dos objetos que valoran como tesoros: la larga cabellera color canela hasta las rodillas de Delia y el reloj de bolsillo de oro de Jim. Decidida, Delia sale a comprar una cadena de platino para combinar con el reloj de Jim, que ha sujetado con una correa de cuero desgastada. Ya que no tiene suficiente dinero termina vendiendo su fabuloso pelo para comprarle a su marido la cadena del reloj.

Al llegar Jim a casa, Delia le cuenta que vendió su cabello para comprarle su regalo. Este la mira con una expresión de extrañeza, hasta que le da a Delia su regalo: un juego de peines ornamentales, el cual no podrá usar hasta que le vuelva a crecer la mata de pelo. Entonces Delia le da a Jim la cadena de platino del reloj y este sonriente le confiesa que vendió su reloj para comprar las peinetas.

La aguda ironía y la vuelta de tuerca que da la historia son tales que uno acaba riendo como los personajes del cuento. Aun así, a diferencia de las otras historias, aquí hay una comunicación honesta, hay una complicidad y hay amor, ya que «aquellos que sacrifican sus posesiones materiales por las personas que aman son tan sabios como los magos». Es decir, el pegamento con que se unen los pedazos de esos seres rotos que deambulan en estos cuentos, es la caridad, virtud que como decía San Pablo, se caracteriza por la benignidad, la paciencia, la humildad y la misericordia.

La leyenda cuenta que O. Henry escribió el cuento de una sentada. Estaba pautado para salir el 21 de diciembre de 1905 en el *New York World Magazine*. No obstante, el 20 de diciembre el autor estadounidense aún no lo había entregado y el editor tuvo que enviar al ilustrador para presionarlo. Antes de despa- charlo, O. Henry le aseguró que esa tarde lo terminaría. Bajó a la taberna de Pete que quedaba próxima a su hotel y se sentó a escribir la historia. La leyenda cuenta que tomó asiento en el segundo cubículo y que vio una pareja conversando, que la chica tenía el pelo largo como el de Delia y el chico era guapo como Jim, y que sencillamente la historia le vino a la mente. Tres horas después entregaba *El regalo de los Reyes Magos* en la revista. Al igual que otros autores tomaron sus historias de las tradiciones y los mitos de su folklore o de otras culturas, o de sus experiencias personales y privadas, O. Henry la recogió de un bar de Nueva York, la plasmó en papel para que la leyéramos, y el mundo es mejor porque lo hizo.





Créditos

Los cuentos salvan

Frank Báez
Autor

© Del texto
Frank Báez

© De esta edición:
**Grupo de Inversiones
Suramericana S. A.
Grupo SURA**

Ricardo Jaramillo Mejía
Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid
Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas
**Presidente de SURA Asset
Management**

Coordinación editorial
Juan Fernando Rojas
Paula Cecilia Villegas

CRÉDITOS

FRANK BÁEZ

Asesoría editorial, investigación, selección de textos e imágenes, edición y diseño gráfico

Mesa Estándar
Juan David Díez
Miguel Mesa
Verónica Montoya
Alexandra Ramírez

**Corrección de estilo y cuidado
de la edición**
Catalina Trujillo-Urrego

Ilustraciones
Sara Quijano

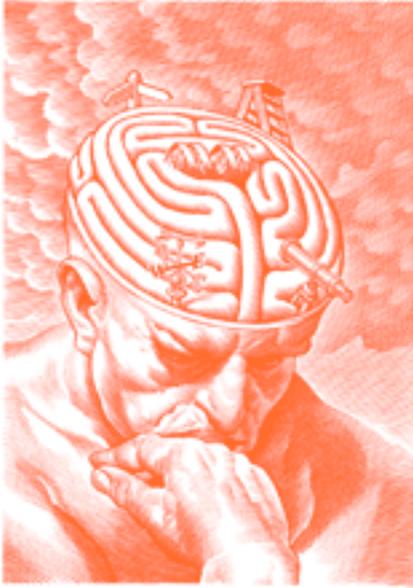
Impresión
Artes y letras S. A. S.

ISBN

978-628-96556-2-9
Primera edición, marzo de 2025
Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la
autorización escrita de los
editores, bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la
reproducción total o parcial de
esta obra por cualquier medio o
procedimiento.





EL CEREBRO DEL PENSADOR

Versión contemporánea de *El Pensador* de Rodin, un ser inmerso en sus tribulaciones y en la necesidad de elegir y resolver dificultades. En esta interpretación el cerebro está expuesto, revela sus circunvoluciones y surcos como si se tratara de un laberinto, y por lo tanto sugiere las encrucijadas a las que estamos expuestos y las posibles opciones para solucionarlas.

«Dominio público, Creative Commons (CC) CC BY 4.0. Scrapperboard drawing by Bill Sanderson. *The gyri of the thinker's brain as a maze of choices in biomedical ethics, 1997*». Tomado de Wellcome Collection. <https://wellcomecollection.org/works/qv442v4n/images?id=nhsr2nkb>.

Este libro se terminó de imprimir en el Taller Artes y letras S. A. S. de Medellín, en marzo de 2025. Para la formación de textos se utilizaron las fuentes Orca y Sura Sans, diseñadas por Bastarda Type y Typograma, respectivamente. El tiraje fue de 1.000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.

Frank Báez (Santo Domingo, República Dominicana, 1978). Es poeta, narrador y cronista. Su obra incluye siete poemarios, una colección de cuentos y cinco libros de no ficción. Es miembro fundador de la banda de spoken word El Hombrecito. Ha sido reconocido con premios y becas de escritura. Parte de su obra se ha traducido al inglés, al alemán, al holandés, al bengalí y al árabe. Reside en Santo Domingo.

Por invitación de Grupo SURA, en 2025 escribió *Los cuentos salvan*, una reflexión actual y cercana —sobre ocho cuentos creados por autores destacados del siglo XIX—, que nos revela tanto el vigor de estas historias, como la vigencia de los sucesos y desenlaces que incluyen.

